

una posada, y al apearnos me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que reduciéndolas á líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped me vió reír y se rió. Preguntóme si era indio aquel caballero, que hablaba de aquella suerte (a). Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al huésped, y díjole: «Señor, déme vuesa merced dos asadores para dos ó tres ángulos, que al momento se los volveré.» «¡Jesus! (dijo el huésped) déme acá vuesa merced los ángulos, que mi mujer los asará, aunque aves son que no las he oído nombrar.» «Que no son aves (dijo volviéndose á mí). ¡Mire vuesa merced lo que es no saber! Déme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir; que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy que todo lo que ha ganado en su vida.» En fin, los asadores estaban ocupados, y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto, y decía: «Con este compás alcanzo más, y gano los grados del perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural; esta había de ser cuchillada, y (4) este tajo.» No llegaba á mí desde una legua, y andaba al derredor con el cucharón; y como yo no estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale estando al fuego. Díjome: «Al fin esto es lo bueno, y no las borracheras que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber!» No lo había acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo mostrando las presas, con un sombrero engerto en guardasol, y un colete de ante bajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas á lo águila imperial; la cara con un *per signum crucis de inimicis suis*; la barba de ganchos con unos bigotes de guardamano, y una daga con más rejas que un locutorio de monjas; y mirando al suelo dijo: «Yo soy examinado y traigo la carta; y por el sol que calienta los panes, que haga pedazos á quien tratáre mal á tanto buen hijo como (2) profesa la destreza (b).» Yo, que vi la ocasión, metíme en medio, y dije que no hablaba con él, y que así no tenía de qué picarse. «Meta mano á la blanca si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones.» El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces: «Este libro lo dice, y está impreso con licencia del Rey, y yo sustentaré que es verdad lo

(a) No tiene duda para mí que tal caballero es el mismo don Luis Pacheco, aludiendo la calificación de indio que le da el huésped á su destino y vejez en las islas Canarias. Tuvieron Pacheco y el autor del *Buscon*, ante los principales señores de la corte, un pesado lance en el año de 1608, en la casa del presidente de Castilla. Discutióse con motivo de las *Cien conclusiones* de la verdadera destreza, que don Luis acababa de publicar; impugnólas Quevedo, sostuvo las el maestro; no bastaron razones, se recurrió á la prueba, y al primer encuentro pegó don Francisco á Narvaez y derribóle el sombrero de la cabeza. Fueron enemigos toda su vida. Dicen que Pacheco se unió á Montalvan y al padre Niseno para escribir en 1635 el *Tribunal de la justa venganza*.

(1) esta (Z. R. P.)

(2) profesaba destreza. (Id.)

(b) Contaba por los años de 1601 muchos discípulos el maestro esgrimidor Francisco Hernandez el Mulato, de quien habla, tratándole mal, Pacheco de Narvaez en su *Engaño y desengaño de la destreza de las armas*. Bien pueden ser uno y otro los originales del presente capítulo.

Búrlase el novelista de la ciencia del diestro, que no había servido para impedir que le santiguase mano airada el rostro con el *per signum crucis* pregonero de la irresistible cólera de un valiente contrario.

que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí y en otra parte; y si no, midámoslo;» y sacó el compás y comenzó á decir: «Este ángulo es obtuso.» Y entónces el maestro sacó la daga y dijo: «Yo no sé quién es Angulo, ni Obtuso, ni en mi vida oí decir tales (3) nombres; pero con esta en la mano le haré pedazos.» Acometió al pobre diablo, el cual empezó á huir dando saltos por la casa, diciendo: «No me puede herir; que le he ganado los grados del perfil.» Metimoslos en paz el huésped y yo y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover.

Metieron al buen hombre en su aposento, y á mí con él; cenámos, y acostámonos todos los de la casa, y á las dos de la mañana levántase en camisa, y empieza á andar á oscuras por el aposento dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme á mí; y no contento con esto, bajó al huésped para que le diese luz, diciendo que había hallado objeto fijo á la estocada sagita por la cuerda. El huésped se daba á los diablos de que lo despertase; y tanto le molestó, que le llamó loco, y con esto se subió y me dijo que si me quería levantar vería la treta tan famosa que había hallado contra el turco y sus alfanjes; y decía que luego se la quería ir á enseñar al Rey, por ser en favor de los católicos (c). En esto amaneció, vestímonos todos (4), pagamos la posada. Hiciéronlos amigos á él y al maestro (5), el cual se apartó diciendo que lo que alegaba mi compañero era bueno; pero que hacía más locos que diestros, porque los más por lo ménos no lo entendían.

CAPITULO IX.

De lo que me sucedió hasta llegar á Madrid, con un poeta.

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí, por ir diferente jornada. Ya que estaba apartado, volvió con gran priesa, y llamándome á voces, estando en el campo, donde no nos oía nadie, me dijo al oído: «Por vida de vuesa merced que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento.» Yo le prometí (6) hacerlo: tornóse á partir de mí, y yo empecé á reírme del secreto tan gracioso. Con esto caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la poca de mis padres, y luego tener tanta, que me desconociesen por ella. Y (7) parecíanme á mí estos pensamientos honrados, que yo me los agradecía á mí mismo. Decía á solas: «Más se me ha de agradecer á mí, que no he tenido de quien aprender virtud, que al que la hereda de sus agüelos.» En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luego me preguntó que de adónde venía. Yo le dije que de Alcalá. Maldiga Dios (dijo él) tan mala gente,

(3) nombres; (R. F.)

(c) Continúa ridiculizando el *Libro de las grandezas de la espada*. Al folio 235 tiene un *Traído particular en que se manifiesta cómo se afirman los turcos, y se avisa cómo se defenderá el que trajere espada, de un turco y su alfanje. Es punto muy importante y curioso.*

(4) y pagamos (M. F.)

(5) de armas, (Id.)

(6) de hacerlo: (Id.)

(7) parecíanme (Id.)

pues faltaba entre tantos un hombre de discurso. Preguntéle que cómo ó por qué se podía decir tal del lugar donde asistian tantos (1) doctos varones; y él, muy enojado, dijo: «¿Doctos? Yo le diré á vuesa merced qué tan doctos, que habiendo catorce años que hago yo en Majalahonda (a) (donde he sido sacristan) las chanzonetas al Córpus y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantarcitos que, porque vea vuesa merced la sinrazon que me hicieron, se los he de leer (b).» Y comenzó desta manera:

Pastores, ¿no es lindo chiste,
Que es hoy el señor san Córpus Christe?

Y es el día de las danzas,
En que el Cordero sin mancilla

Tanto se humilla,

Que visita nuestras panzas,

Y entre estas bienaventuranzas

Entra en el humano buche.

Suene el lindo sacabuche,

Pues nuestro bien consiste.

Pastores, ¿no es lindo chiste, etc.

«¿Qué pudiera decir más (me dijo) el mismo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra *pastores*; más me costó de un mes de estudio.» Yo no pude con esto tener la risa, que á borbollones se me salía por los ojos y narices; y dando una gran carcajada dije: «¿Cosa admirable! pero solo reparo en que llama vuesa merced señor san Córpus (2) Christe; y Córpus Christi no es santo, sino el día de la institución del Santísimo Sacramento.» «¡Qué lindo es eso! (me respondió haciendo burla). Yo le daré en el calendario; y está canonizado, y apostaré á ello la cabeza.» No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; ántes le dije que eran dignas de (3) cualquier premio, y que no había leído cosa tan graciosa en mi vida.» «¿No? (dijo al mismo punto). Pues oiga vuesa merced un pedacito de un librito que tengo hecho á las once mil vírgenes, adonde á cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica.» Yo, por excusarme de oír tanto millón de octavas, le supliqué no me dijese cosa á lo divino; y así me comenzó á recitar una comedia que tenía más jornadas que el camino de Jerusalem. Decíame: «Hécela en dos días, y este es el borrador;» y sería hasta cinco manos de papel. El título era, *El arca de Noé* (c). Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y (4) jabalís, como fábulas de Hysopo. Yo se la alabé la traza y la (5) invención; á lo cual me respondió: «Ello cosa mía es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo, y la novedad es más que todo; y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa.» «¿Cómo se podrá representar (le dije yo), si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?» «Esa es la dificultad; que á no

(1) varones doctos; (M. F.)

(a) En lo antiguo *Majadahonda*, pueblo á tres leguas noroeste de Madrid, cuyos habitantes (como aparece de la segunda parte del *Quijote*) eran zafios y rudos por extremo.

(b) Resístome á creer que en este sacristan pensase ridiculizar Quevedo al cándido, sencillo y excelente poeta el maestro José de Valdivielso, capellan de la Muzárabe de Toledo, que en 1612 publicó su precioso *Romancero espiritual*, con sus letras, chanzonetas, *ensaladillas* y canciones al Santísimo Sacramento.

(2) Christi; (F.)

(3) cualquiera (M. F.)

(c) Posee nuestro antiguo repertorio dramático una comedia con este mismo título, de tres ingenios: don Antonio Martínez, don Pedro Rosete Niño y don Jerónimo de Cáncer. Es posterior á la del poeta de Majalahonda.

(4) jabalís, (La edición de Sancho.)

(5) intencion; (Z. P.)

haber esa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan, y meter para el entremes monas.» «Por cierto, alta cosa es esa.» «Otras más altas he hecho yo (dijo) por una mujer á quien amo; y ve aquí novecientos y un soneto, y doce redondillas (que parece que contaba escudos por maravedís) hechos á las piernas de mi dama.» Yo le dije que si se las había visto él; y respondiéndome que no había hecho tal por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo á tantos versos malos; y así, comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veía liebres; «pues empezaré por uno, donde las comparo á ese animal;» y empezaba luego. Yo por divertille le decía: «¿Ve vuesa merced aquella estrella que se ve de día?» A lo cual dijo: «En acabando este le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos dellos.» Afligíme tanto con ver que no se podía nombrar cosa á que él no hubiese hecho algun disparate, que cuando vi que llegábamos á Madrid, no cabía de contento, entendiéndome de vergüenza callaría; pero fué al revés; que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños oían poeta, no quedaria troncho que no se viniese por sus piés tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidióme (6) que la leyese, si la tenía, muy congojado. Prometí de hacerlo en la posada. Fuimos á una, adonde él se acostumbraba apear, y hallamos á la puerta más de doce ciegos: unos le conocieron por el olor, y otros por la voz; diéronle una barbanca de bienvenido (d). Abrazólos á todos, y luego comenzaron uno á pedirle oración para el Justo Juez en verso grave y sentencioso, tal que provocase á gestos; otros pidieron de las Animas, y por aquí discurren, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos, y díjome: «Más me han de valer de treientos reales los ciegos; y así, con licencia de vuesa merced me recogeré agora un poco para hacer alguna dellas, y en acabando de comer oírmos la premática.» «Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos, que gaúan de comer con los que lo son.

CAPITULO X.

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar (7) en Cerecedilla, donde dormí.

Recogióse un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto se hizo hora de comer; comimos, y luego pidieron se leyese la premática. Yo por no haber otro qué hacer, la saqué y la leí; la cual pongo aquí, por haberme parecido aguda y (8) conveniente á lo que se quiso reprehender en ella. Decía deste tenor:

PREMÁTICA CONTRA LOS POETAS GUEROS, CHIRLES Y HEBENES (e).

Dióle al sacristan la mayor risa del mundo, y dijo:

(6) muy congojado que la leyese, si la tenía. (M. F.)

(d) Lo mismo que vocería rociada, ó habla de muchos que dicen á un mismo tiempo una cosa, lo que se entiende confusamente, por no percibirse bien de ninguno. Es voz rústica. (*Diccionario de la lengua castellana* por la Real Academia Española, 1726.)

(7) á Cerecedilla, (M. F.)

(8) conveniente (F.)

(e) Recuérdese lo que estampamos á la página 437.

«Hablará yo para mañana. Por Dios, que entendí hablaba conmigo, y es solo contra los poetas hebenes (a).» Cayóme á mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decía :

«Atendiendo á que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos y cristianos (aunque malos); viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados más inormes;—mandamos que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y cantoneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan, y procuren convertirlos. Y para (1) esto señalamos casas de arrepentidos.

»Item, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares y nunca anohecidas coplas de los poetas de sol, como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas,—les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados á las musas, como á la caza y pesca, porque no se agoten con la prisa que les dan.

»Item, habiendo considerado que esta seta infernal de hombres condenados á perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres;—declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen sus damas de todos metales.» Aquí no pudo sufrir el sacristan, y levantándose en pié, dijo : «¡Mas no, sino quitarnos las haciendas! No pase vuesa merced adelante; que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad; y en prosecución della gastaré lo que tengo. Bueno es que (2) yo, siendo eclesiástico, hubiese de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal premática; y luego quiero irlo á averiguar ante la justicia.» En parte me dió gana de reír; pero por no detenerme (que se me hacía tarde) le dije : «Señor, esta premática es hecha por gracia; que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de (3) autoridad.» «¡Oh pecador de mí! (dijo muy alborotado.) Avisara vuesa merced, que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe vuesa merced qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oír eso? Prosiga vuesa merced, y Dios se (4) lo perdone el susto que me (5) dió.» Proseguí, diciendo :

»Item, advirtiendo que despues que dejaron de ser moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido á pastores, por lo cual andan los ganados flacos, de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música, que no pacen,—mandamos que dejen el tal oficio, seña-

(a) «No hay poeta (decía don Quijote) que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo.»

(1) ello (M. F.)

(2) siendo yo (Id.)

(3) autoridad. (M.)

(4) le (Id.)

(5) ha dado. (M. F.)

lando ermitas á los amigos de soledad; y á los demás (por ser oficio alegre y de pullas) que se acomoden en mozos de mulas.» «Algun puto, cornudo, bujarrón, judío ordenó tal cosa; y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira que le pesara á él y á todos cuantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaría á un hombre lampiño como yo la ermita! ¿Y un hombre vinageroso y sacristan ha de ser mozo de mulas? Ea señor, que son grandes pesadumbres esas.» «Ya le he dicho á vuesa merced (repliqué yo) que son burlas y que las oiga como tales.» Proseguí diciendo :

»Item, por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragon á Castilla, ni de Italia á España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora.» Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cazcarrias, que para enterrarse no era menester más de estregársela encima; el manteo, podíanse con él estercolar dos heredades.

Y así, medio riéndome, le dije que mandaba también (6) «tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan (y que como á tales no les enterrasen en sagrado), á las mujeres que se enamorasen de poeta á secas. Y que advirtiendo á la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que había habido estos años fértiles, mandamos que los legajos que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias sin apelación.» Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decía así :

«Pero advirtiendo con ojos de piedad que hay tres géneros de gentes en la república, tan sumamente miserables que no (7) pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes,—mandamos que pueda haber algunos oficiales (8) de esta arte, con tal que tengan carta de exámen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes; limitando á los poetas de farsantes que no acaben los entremeses con palos ni diablos, ni las comedias en casamientos; y á los ciegos que no sucedan los casos en Tetuan, desterrándoles estos vocablos *hermanal* y *pundonores*, y mandámosles que para decir la presente obra, no digan *zozobra*; y á los de sacristanes, que no hagan los villancicos con *Gil* ni *Pascual*, que no jueguen de vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo que, mudándoles el nombre, se (9) vuelvan á cada fiesta.

»Y finalmente, mandamos á todos los poetas, en común, que se descarten de Júpiter, Venus, Apolo y otros dioses, so pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.»

A todos los que oyeron la premática pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado della; solo el sacristanejo comenzó á jurar por vida de las visperas solemnes, *introito* y *kiries*, que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos, y que él sabía mejor lo que había de hacer que nadie. Y últimamente dijo : «Hombre soy yo que he estado en una posada con Linán, y he comido más de dos veces con Espinel;» y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que había visto á don Alonso

(6) «poner entre (M. F.)

(7) puedan (Z. R. P.)

(8) á este arte, (M.)

(9) vuelven (M. F.)

de (1) Ercilla mil veces, y que tenía en su casa un retrato del divino Figueroa, y que había comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy día los traía y malos. Enseñólos; y díóles esto á todos tanta risa, que no querían salir de la posada (a).

Al fin ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me (2) despedí dél, aunque me pesaba, y comencé á caminar para el puerto. Quiso Dios que porque no fuese pensando en mal, me topé con un soldado; luego trabamos plática: preguntóme que si venía de la corte. Dije que de paso había estado en ella. «No está para más (dijo luego); que es pueblo para genteruín: más quiero, voto á Cristo, estar en un sitio la nieve á la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufrir las supercherías que se hacen á un hombre de bien.» A esto le dije yo que advirtiese que en la corte había de todo, y que estimaban mucho á cualquier hombre de suerte. «¡Qué estimaban (dijo muy enojado), si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del Rey, como lo dicen estas heridas!» Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles, que así era de incoordinado como el sol es claro; luego en los calcañares me enseñó otros dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mias que tengo, que habían sido sabañones. Quitóse el sombrero, y mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara; que tantos tenía en una cuchillada que le partía las nari-

(1) Arcilla (Z. R. P. M.)

(a) De Pedro Linán de Utiel dice Lope de Vega su grande amigo, que fué contemporáneo de Góngora en Salamanca. Celébrale en la *Jerusalén*; y con estos versos en el *Laurel de Apolo* :

Ciudades compitieron por Homero,
Y por Linán ahora, pues le goza
Castilla, y le pretende Zaragoza,
Y el Ebro claro á quien vivió primero:
Ingenio raro y dulce, aunque severo,
Que jamás halló cosa que no fuese
O sentencia ó donaire...

El maestro Vicente Espinel, capellan del hospital real de la ciudad de Ronda, diestro músico é inspirado poeta, añadió la quinta cuerda á la guitarra, y fué autor de las décimas que por él se llaman *espinelas*. Compuso las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon*, novela de invención escasa, no muy rica en saladas agudezas, y por lo común, de trivial filosofía. Tradujo el libro de *Arte poética* de Horacio; fué autor de pocos pero limpios y elegantes versos. Nadie le dió favor, debíralo á su carácter socarrón y maldiciente, ó á la desgracia que persigue á todo buen ingenio. Murió pobre, á los noventa años de edad, en Madrid, el de 1634.

Lope de Vega, el monstruo de la naturaleza, el fénix del moderno teatro, la mayor gloria, delfín y regocijo de las musas, nació en Madrid á 25 de noviembre de 1562, y murió á 27 de agosto de 1635.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, caballero vizcaíno del hábito de Santiago, sirvió á Carlos I y Felipe II. Cantor de la sangrienta y porfiada guerra de Arauco.

Tomando ora la espada, ora la pluma, levantó su nombre al lado de los más ilustres y célebres españoles. Francisco de Figueroa, Complutense, aventajado alumno de aquella universidad, soldado en Italia, poeta laureado en sus más famosas ciudades, que le dieron el nombre de *divino*, floreció hácia la segunda mitad del siglo xvi. Con el seudónimo de Tirsi es uno de los interlocutores de la *Galatea* de Cervantes.

El bachiller Pedro de Padilla, habilidad rara y única en decir de improviso, y á pocos inferior en escribir de pensado, fué natural de Linares, y tomó, hallándose en edad provecha, el hábito de los carmelitas calzados en Madrid, á 6 de agosto de 1585. Con harta justicia es reputado por uno de nuestros hablistas más puros y correctos. Las noticias de su vida alcanzan hasta el año de 1599.

(2) despedí (Z. R. P.)

ces. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa á puras líneas. «Estas (me dijo) me dieron en París en servicio de Dios y del Rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que agora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, voto á Cristo, hombre, vive Dios, tan señalado;» y decía verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata y á enseñarme papeles, que debían de ser de otro á quien había tomado el nombre. Yo los leí, y dije mil cosas en su alabanza, y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto y dijo : «Cómo lo que yo? Voto á Dios, que ni García de Paredes, Julian Romero ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! Si, que entónces si que no había artillería. Voto á Dios, que no hubiera Bernardo para (3) una hora en este tiempo. Pregunte vuesa merced en Flándes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen.» «Es vuesa merced acaso?» le dije yo; y él me respondió : «¿Pues qué, otro? ¿No ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos desto; que parece mal alabarse el hombre.» Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño con una barba tan larga, que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludámosle con el *Deo gratias* acostumbrado, y empezó á alabar los trigos, y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo : «¡Ah Padre! mas espesas he visto yo las picas sobre mí; y voto á Cristo, que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, juro á Dios (b).» El ermitaño le reprehendía que no jurase tanto. El soldado le respondía : «Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprehende mi propio oficio.» Díome á mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca; y eché de ver era algún picaron, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia (4), cuando no de todos. Llegámos á la falda del Puerto: el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña hecha bolas de madera, que á cada Ave-Maria sonaba un cabe; (5) el soldado iba comparando las peñas á los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte, y adónde se había de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temía el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado. «¡Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte deste puerto, decía, y hiciera buena obra á los caminantes!»

En estas y otras conversaciones llegámos á Cerecedilla: entrámos en la posada todos tres juntos ya anocheado; mandámos aderezar la cena, era viérnes, y entre tanto el ermitaño dijo : «Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos Ave-Marias;» y dejó caer de la manga el descuadernado. Díome á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo : «No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad.» Yo, cudicioso, dije que jugaría otros tantos; y el ermitaño, por no

(3) un hora (M.)

(b) Fué el saco á 18 de noviembre de 1576. Apoderados de la ciudad los estados rebeldes, pero dueños todavía los españoles del castillo, saliendo de él como un torrente, se arrojaron sobre la población, mandados, entre otros valerosos capitanes, por Julian Romero, é hicieron en los enemigos atroz matanza. El saco pasó de tres millones de oro.

(4) y estima, (M. F.)

(5) y el soldado (Id.)

hacer mal servicio, aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, (1) que eran hasta docientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuga y bebérselo; pero así le sucedan todos sus intentos al turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué que dijo que no sabía el juego, é hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bien aventurado hacer dos manos, y luego nos la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida; retiróla el ladrón con las ancas de la mano, que era lástima: perdía una sencilla, y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos y otros tantos pesias, aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas, mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda. No dejaba santo que no llamaba: acabó de pelarnos; quisímosle jugar sobre prendas; y él (tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento) dijo que aquello era entretenimiento, y que éramos prójimos; que no había de tratar de otra cosa. «No juren (decía); que á mí porque me encomendaba á Dios me ha sucedido bien.» Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar más, y yo de la misma suerte. «Pesía tall decía el pobre alferez (que él me dijo entonces que lo era): entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo». El se reía á todo esto. Tornó á sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos en púribus. Prometió hacerlo; metióse sesenta güevos. ¡No vi tal en mi vida! Dijo que se iba á acostar: dormimos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles con las cajas de lata que los traía (a), y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persinó, y nosotros nos santiguamos dél: durmió, y yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio. Hízose hora de levantar; pidió luz muy aprisa; trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronse los papeles. El pobre alferez hundía la casa á gritos, pidiendo que le (2) diese los servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo, y trajo tres hacines, diciendo: «Hé ahí para cada uno el suyo. ¿Quieren más servicios?» entendiendo que nos habían dado cámaras. Aquí fué (3) ella, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped, en camisa, jurando que le había de matar porque hacia burla dél (que se había hallado en la Naval, San Quintín y otras), trayéndole servicios en lugar de los papeles que le había dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aun no podíamos. Decía el huésped: «Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado á saber que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas.» (4) Apaciguámoslo, y tornamos al aposento. El ermitaño, receloso, se quedó en la cama, diciendo que le había

(1) y que (M. F.)
(a) En que los trala.
(2) diesen (M. F.)
(3) ello, (Id.)
(4) Apaciguámoslo, (R.)

hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño, y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero.

Topamos con un ginovés (digo destes antecristos de las monedas de España) que subía el puerto, con un paje detrás, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Trabámos conversacion con él, y todo lo llevaba á materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzon, y si era bien dar dineros ó no á Visanzon; tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; á lo cual respondió riéndose: «Es un pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda;» de lo cual sacamos que en (5) Visanzon se llevaba el compas á los músicos de uña. Entretuvónos el camino, contando que estaba perdido porque había quebrado un cambio, que le tenía más de sesenta mil escudos; y todo lo juraba por su conciencia; aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como virgo en cotorrera, que se venden sin haberse. (6) Nadie casi tiene conciencia de todos los deste trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en haciendo.

En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria que, con los sucesos de Cabra, me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y á la entrada ví á mi padre en el camino aguardando. Enterneceime, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, (7) bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera á mi tío (fuera del rollo) mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Llegué á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplon, y nadie me daba (8) razón dél, diciendo que no le conocían. (9) Holgué mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando estando en esto oí al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tío de las suyas. Venía una procesion de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tío; y él, muy haciéndose de penca, con una en la mano, tocando (10) un pasacalles públicas en las costillas de cinco laudes, sino que llevaban sogas por cuerdas (b). Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien había dicho, preguntando por él, que era un gran caballero yo), veo á mi buen tío; y echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamándome sobrino. (11) Penséme morir de vergüenza; no volví á despedirme de aquel con quien estaba. Fuíme con él, y díjome: «Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente; que ya vamos de vuelta, y hoy comerás

(5) Vitanzon (Z. M. F.) — Vizanzon (R.)
(6) Nadie tiene (M. F.)
(7) y bien (Id.)
(8) razón, diciendo (Id.)
(9) Holguéme (Id.)
(10) unos pasacalles públicos (F.)
(b) Juega QUEVEDO con la voz pasacalles, que significa ciertos muy sonoros tafidos en el laúd ó guitarra y otros instrumentos; voz que suena á la vez como el tránsito de los reos sacados á la vergüenza por las calles públicas,
Con chilladores delante
Y envaramiento detrás.
(11) Pensé morir de vergüenza; y no (M. F.)

conmigo.» Yo, que me vi á caballo, y que en aquella sarta parecería punto ménos de azotado, dije que le aguardaría allí; y así, me aparté tan avergonzado, que á no depender del la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida ni pareciera entre gentes.

Acabó de repararles las espaldas; volvió, y llevéme á su casa, donde me apeé y comimos.

CAPITULO XI.

Del hospedaje de mi tío, y visitas; (1) la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la corte.

Tenia mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa un aguador; entramos en ella, (2) y díjome: «No es alcázar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar expediente á mis negocios.» Subimos por una escalera, que solo aguardé á ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaban cordeles, lazos, cuchillos, escarpas y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba; yo le respondí que no lo tenía de costumbre. ¡Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío! Díjome que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien, y tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies, morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo són con la cajeta, dijo: «Tanto me han valido á mí las ánimas hoy como á tí los azotados; encaja (a).» Hiciéronse la mamona el uno al otro; arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó á bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando Dios y en hora buena, (3) donde en un trapo y con unos zuecos entró un chirimía de la bellota, digo un porquero: conocílo por el (hablando con perdon) cuerno que traía en la mano, y para andar al uso solo (4) erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del Rey, (5) un colete de ante. Traía la cara de punto, porque á puros chirlos la tenía toda hilvanada. Entró y sentóse, saludando á los de casa, y á mi tío le dijo: «A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso.» Saltó el de las ánimas, y dijo: «Cuatro ducados dí yo á Flechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico y no llevase la penca de tres suelas, cuando me palmearon (6).» «Vive Dios (dijo el corchete), que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno en Murcia; porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacon me los asentó de manera, que no se levantaron sino ronchas.» Y el porquero, concomiéndose, dijo: «Aun están con virgo mis espaldas.» «A cada puerco le viene su san Martín» (dijo el deman-

(1) y la cobranza (M. F.)
(2) díjome: (Id.)
(a) Aprieta esa mano.
(3) envuelto en un capucho, con unos zuecos (M. F.)
(4) lo erró (M.)
(5) y un colete (M. F.)
(6) el envés. (Id.)

dador). «Alabarme puedo yo (dijo mi buen tío) entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda hago lo que debo: sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo con penca sencilla.»

Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba (7) mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza: echémelo de ver el corchete (8). «¿Es el padre el que padeció el otro día, á quien se dieron ciertos empujones en el envés?» Yo dije que no era hombre que padecía como ellos. En esto se levantó mi tío, y dijo: «Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto.» Pidiéronme perdon, y ofreciéronme toda caricia. Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda, y huir de mi tío. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subieron la comida de un bodegon que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retajillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse á comer, en cabecera el demandador, y los demás sin orden. No quiero decir lo que comimos, solo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el porquero, me las cogía al vuelo, y hacia más razones que decíamos todos. No había memoria de agua, y ménos voluntad della. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á cuatro; y tomando un hisopo, despues de haber quitado las hojaldras, dijeron un responso todos, con su *requiem aeternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío: «Ya os acordais, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre.» Vinoseme á la memoria: ellos comieron; pero yo pasé con los suelos solos, y quedéme con la costumbre; y así, siempre que como pasteles rezo una Ave-María por el que Dios haya. Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas, que parecían (9) de dedos de negro, dijo uno que para qué traían pebetes guisados. Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo (con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acosado, y el otro nadando en mosto): «Sobrino, por este pan de Dios, que crió á su imagen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta.» Yo, que vi al corchete, que alargando la mano tomó el salero, y dijo: «Caliente está este caldo;» y que el porquero se llenó el puño de sal, diciendo: «Bueno es el avisillo para beber;» y se lo echó todo en la boca; — comencé á reirme por una parte y rabiar por otra. Trajeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: «Dios bendijo la limpieza.» Para sorbársela (10) á la boca se la puso en el carrillo, y volcándola, se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. El, que se vió así, fuése á levantar; y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa (que era destas movedizas); trastornóla, y manchó á los demás. Tras esto decía que el porquero le había empujado. El porquero, que vió que el otro se le caía encima, levantóse, y alzando el

(7) con (M. F.)
(8) y dijo: (R.)
(9) dedos (M. F.)
(10) en la boca (Id.)

instrumento de hueso, le dió con él una trompetada: asíéronse á (1) puños, y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteracion el porquero vomitó cuanto había comido en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en juicio, decía que quién había traído á su casa tantos clérigos. Yo, que vi que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí á los dos, y levanté al corchete del suelo, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tío en la cama, el cual hizo cortesía á un velador de palo que tenía, pensando que era convidado. Quitó el cuerno al porquero, el cual, ya que dormían los otros, no había hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese (2) en él más tonadas, y que él quería tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté dellos hasta que vi que dormían. Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo (a).

Torné á casa á la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno despierto y que andaba á gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les había perdido la casa. Levantéle y dejé dormir á los demás hasta las once de la noche, que despertaron; y esperezándose, preguntó uno (3) que qué hora era. Respondió el porquero (que aun no (4) la había desollado), que no era nada, sino la siesta, y que hacia grandes bochornos. El demandador como pudo dijo que le diesen la capilla. «Mucho han holgado las ánimas para tener á su cargo mi sustento;» y fuése, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces diciendo que el cielo estaba estrellado á mediodía, y que había un grande eclipse. Santiguáronse todos y besaron la tierra. Yo, que vi la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas (5) vilezas é infamias que veía yo, ya me crecía por puntos (6) el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos á todos uno por uno, lo mejor que pude, y acosté á mi tío, que aunque no tenía zorra, tenía raposa; y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí.

Pasamos desta manera la noche, y á la mañana traté con mi tío de reconocer mi hacienda y cobrarla de presto, diciendo que estaba molido, y que no sabía de qué. Echó una pierna, levantóse, tratamos largo en mis cosas, y tuve hartó trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje á que me diese noticia de parte de mi hacienda (aunque no de toda); y así, me la dió de unos trescientos ducados que mi buen padre había ganado por sus puños, y dejádoslos en confianza de una buena mujer, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á vue-

(1) puñadas, (M. F.)

(2) mas tonadas, (Id.)

(a) Con esto pretendía deslumbrar Quevedo á los lectores, para que no imaginasen que el dómene Cabra era personaje real y verdadero.

(3) qué hora (M. F.)

(4) lo había (Z. R. P.)

(5) infamias y vilezas que (M.)

(6) por el deseo (Z. R. P.)

sa merced digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tío no había bebido ni gastado; que fué hartó para ser hombre de tan poca razon, porque pensaba que yo me graduaria con este, y que estudiando podría ser cardenal; que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía: «Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes á quién parecer; dinero llevas, yo no te he de faltar; que cuanto sirvo y cuanto tengo, para tí lo quiero.» Agradecíle mucho la oferta: gastámos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tío y el porquero y demandador; este jugaba misas como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barrajaban la taba: cogiéndola en el aire (7) al que la echaba, y meciéndola con la muñeca, se la tornaban á dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque había siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fueron, acostámonos mi tío y yo, cada uno en su cama, que ya había (8) proveído para mí un colchon. Amaneció, y ántes que él despertase yo me levanté y me fui á una posada sin que me sintiese: torné á cerrar la puerta por defuera, y eché la llave por una gatera.

Como he dicho, me fui á un meson á esconder y aguardar comodidad para ir á la corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada que contenía mi ida y las causas, avisándole no me buscara, porque eternamente no (9) lo había de ver.

CAPITULO XII.

De mi huida, y los sucesos en ella hasta la corte.

Partía aquella mañana del meson un arriero con cargas á la corte; llevaba un jumento: alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta fuera del lugar. Salí y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: «Allá quedarás, bellaco, deshonor buenos, jinete de gatzates.»

Consideraba yo que iba á la corte, donde nadie me conocía (que era la cosa que más me consolaba), y que había de valerme por mi (10) habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso. Pero volvamos á las cosas que el dicho mi tío hacía, ofendido con la carta, que decía en esta forma:

CARTA.

«Señor Alonso Ramplon: Tras haberme (11) Dios hecho tan señaladas mercedes como quitarme delante á mi buen padre y tener mi madre en Toledo (donde, por lo ménos, sé que hará humo), no me faltaba sino ver hacer en vuesa merced lo que en otros hace. Yo pretendiendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo á sus manos y trinchándome, como hace á otros. No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos. Sirva al Rey y á Dios.»

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no to-

(7) el que la echaba (Z. R. P.)

(8) prevenido (M. F.)

(9) le (Id.)

(10) industria y habilidad. (Id.)

(11) hecho Dios (Id.)

par (1) nadie, cuando desde lejos vi venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y bótas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto, el sombrero de lado. Sospeché que era algun caballero que dejaba atras su coche; y así, emparejando, le saludé. Miróme y dijo: «Irá vuesa merced, señor licenciado, en ese borrico con hartó más descanso que yo con todo mi aparato.» Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que dejaba atras, dije: «En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar que el del coche; porque (aunque vuesa merced vendrá en el que trae detras con regalo) aquellos (2) vuelcos que da inquietan.» «¿Cuál coche detras?» dijo él muy alborotado; y al volver atras, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traía, la cual era tan sola, que tras verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que de la camisa no se veía sino una ceja, y que traía tapado el rabo de medio ojo, le dije: «Por Dios, señor, que si vuesa merced no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrelle, porque vengo (3) tambien atacado únicamente.» «Si hace vuesa merced burla (dijo él con las chaondas (a) en la mano), vaya; porque no entiendo eso de los criados.» Y aclaróseme tanto (en materia de ser pobre), que me confesó, á media legua que anduvimos, que si no le hacia merced de (4) dejalle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la corte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Y movido á compasión, me apeé; y como él no podía sacar las calzas, húbeme yo de subir; y espantóme lo que descubrí en el tocamiento: porque por la parte de atras, que cubria la capa, traía las cuchilladas con entretelas de nalga pura. El, que sintió lo que había visto, como discreto, se previno diciendo: «Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce; debióle parecer á vuesa merced en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlas (b). Como destos hojaldras cubren en el mundo lo que vuesa merced ha tentado.» Yo le dije que le aseguraba me había persuadido á muy diferentes cosas de las que veía. «Pues aun no ha visto nada vuesa merced (replicó); que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí vuesa merced un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañes, que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre; y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de ejecutorias, despues que hallándome en ayunas un día, no quisieron dar sobre ella en un bodegon

(1) á nadie, (M. F.)

(2) vuelcos (Z. R. P.)

(a) En el capítulo segundo estampan asimismo las tres primeras ediciones vulco por vuelco. Enriquez Gomez, en su Torre de Babilonia (donde parodió pobremente los Sueños de Quevedo), tuvo la ocurrencia de distribuir (al modo que Luis Vélez su Diabolo cojuelo en trancos, y Espinel su Escudero Márques de Obregon en descansos) todo el libro en vulcos; de suerte que era entonces indiferente decir vulco ó vuelco.

(3) atacado (M. F.)

(a) Lo mismo que cachondas, calzas acuchilladas.

(4) dejalle (M. F.)

(b) El conde Dirlos, hermano de Merian y de Durandarte, es uno de los héroes que cantan los romances de las crónicas caballerescas de Carlomagno y los Doce Pares de Francia.

dos tajadas. ¡Pues decir que no tienen letras de oro! Pero más valiera el oro en las píldoras que en las letras, y de más provecho es; y con todo, hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero (que todos estos nombres tenía) se perdió en una fianza; solo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendon, hazadon, (5) podon, baldon, bordon, y otros así.»

Confieso que, aunque iban mezcladas con risa, las calamidades del dicho hidalgo me entretuvieron. Preguntéle cómo se llamaba, y adónde iba y á qué. Dijo que todos los nombres de su padre: Don Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero y Jordan. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como son de badajo. Tras esto dijo que iba á la corte, porque un mayorazgo raído como él, en un pueblo corto olía mal á dos días, y no se podía sustentar; y que por eso se iba á la patria comun, adonde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros; y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer, y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca. Yo vi el cielo abierto, y en son de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes viven en la corte los que no tenían, como él, porque me parecía dificultoso; que no solo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas. «Muchos hay desos, hijo, y muchos destotros: es la lisonja llave maestra, que abre á todas voluntades en tales pueblos. Y porque no te se haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos y mis trazas, y te asegurará de esa duda.»

CAPITULO XIII.

En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres.

«Lo primero has de saber que en la corte hay siempre el más necio y el (6) más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raíz ni mueble, ni otra cosa de la que decienden los tales (c). Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros hebenes; otros güeros, chanflones, chirles, traspillados y (7) caninos. Es

(5) pondon, (Z. R. P.)

(6) más rico y más pobre, (M. F.)

(c) De la corte dice en una jécara el toledano Luis Quiñones de Benavente (sazonadísimo escritor de entremeses y bailes, que debe sus más graciosos chistes á las obras de Quevedo):

En ese mar de la corte,
Donde todo el mundo campa,
Toda engañaña se entruacha
Y toda moneda pasa;
Donde sin ser conocidos
Tantos jayanes del hampa,
Tiran gajes, censos cobran
De las hizas y las marcas;
Donde haciendo punto de honra
Esto de la vida ancha,
Andan como cazadores,
Viviendo de lo que matan; etc.

(7) caminos (Todos los impresos antiguos.)